

Pequeñas historias. La bicicleta

Juan Antonio Marín Rodríguez

Image not found.

Capítulo 1

Sí hay tres cosas que detesto en esta vida son estas:

1. que me apunten con una pistola en la sien
2. No poder pasear por el barrio de Bacon Hill en Boston, junto a Serah, por sus calles estrechas y adoquinadas.
3. Las comisiones de los bancos.

Bueno podría añadir una cuarta: que se acaben las palomitas en mitad de una buena película en el cine.

También odio que me mientan, pero es una cosa a la que estoy acostumbrada. Yo también miento, de vez en cuando, sobre todo cuando me lo hacen a mí y tengo que pagar con la misma moneda. Es mi filosofía: Trato como me tratan. Lo llamo reciprocidad forzada. Me llamo Jeanne y esta es mi pequeña historia:

Mi padre tocaba el violín, le dije a Serah una tarde, pero le dio un ictus y se suicidó al no poder tocar más. Él me enseñó música —continuó diciendo—, a tocar el piano y a disfrutar con las notas, a crear melodías. "Estas son las cosas importantes, cosas de mayores, me recalaba a diario".

Fue un cobarde mi padre. Una bala atravesó su cabeza y me dejó en la más absoluta soledad. No sé montar en bicicleta porque nunca me enseñó. Me mentía continuamente de esa manera que nunca se pueden olvidar las palabras. Porque claro, ¿quién si no un padre debía de enseñarte a montar en bici? ¿O debía ser el vecino? Ingrato, imbécil... no me estoy refiriendo al vecino, si no a mi padre. Recuerdo esto porque acabo de regresar del parque, y he visto a varios padres pedaleando por Central Park juntos a sus hijos.

—Mira papa, ¡ya soy mayor! ¡No me caigo ya! Mira papa, derecha, izquierda.

Muy bien le contestaba el padre; muy bien. Eres el mejor. Ahora sigue tu solo, pero con mucho cuidado. Tengo que hacer unas cosas. ¿No te importa seguir aprendiendo tú solo?

Mientras su hijo se divertía, el desinteresado padre macizo entabló conversación con una servidora; o fue al revés; creo que fui yo quien rompió el hielo. Y es que me gustaba ese hombre. Me gustaba mucho. ¡Qué digo, muchísimo!

Tras un buen rato de charla me preguntó si me gustaría salir a pedalear con ellos otro día. Me sonrojé. Pedí perdón alegando que se me había hecho tarde, y me marché de allí. Cuando llegué a mi apartamento,

miré con rabia mi bicicleta roja que llevaba años colgada en la pared del patio. Me acaricié la cicatriz que tengo en el occipital derecho, así como varias en las rodillas. Llamé a mi sobrina, Luz. La hija de mi hermano. Le pregunté si nos podríamos ver un día de estos. "Claro que sí, contestó". Me interrogó acerca de mi viaje a Europa. Le prometí que le enseñaría todas las fotografías que realicé y le mentí al decirle que le había comprado un souvenir.

Una cosita, cariño, ¿Te gustaría enseñar a la tita a montar en bicicleta como te enseñó el abuelo?

La risotada que soltó aunque inocente me dolió en el fondo del alma.
¡Por eso te tengo que odiar, papa. Para que te voy a mentir!